

llamada, y el pequeño ejército se puso en marcha en dirección á Cempoalla. Mataron por el camino dos puercos de la tierra, lo cual tuvieron como señal de victoria, pernoctando al raso en un repecho cerca de un arroyo. (1)

Juan Velázquez de Leon se dirigió apresuradamente á Cempoalla á donde llegó al amanecer; luego que Narvaez lo supo, salió á su encuentro con la mayor cortesanía, le hizo sentar cabe sí, comenzando á departir acerca de los negocios que les preocupaban. Extrañó Narvaez á su cuñado, siguiera la causa de un traidor como Cortés, á lo cual contestó Velázquez, defendiendo á su capitán y todo su bando como leales servidores del rey. Propuso Velázquez un avenimiento pacífico, el cual fué rechazado por Narvaez; éste á su turno propuso á su cuñado pasarse á su campo, ofreciéndole por ello ventajas y galardones, lo cual rechazó á su turno Velázquez, indignado de ser desertor de su bandera. Al terminar la conversacion no sólo no habian llegado á convenio, sino que los ánimos estaban á más no poder agriados, y tanto, que Narvaez dispuso prender á su deudo; hecho público el deseo, acudieron Andrés de Duero, Bermúdez, Fr. Bartolomé de Olmedo, los clérigos Ruiz de Guevara y Juan de Leon, con otros hidalgos, disuadiéndole de dar un paso desacertado bajo muchos conceptos. Velázquez de Leon, fuera de su parentesco con Narvaez, era deudo inmediato del gobernador D. Diego Velázquez, emparentado con muchos de los principales oficiales de la armada, y como era apuesto, comedido, de presencia agradable y varonil, gozaba de gran reputacion é influencia entre los soldados. Por consejo de los buenos hidalgos, para procurar siempre un arreglo, Narvaez convidó á comer á su cuñado; más valiera no hubiera sido. Durante la mesa, se entabló plática de Cortés, y el animoso jóven Diego Velázquez, sobrino del gobernador del mismo nombre, pronunció palabras descomedidas; le atajó el Juan con palabras agresivas, defendiendo á su general, siguiéndose una reyer-ta, pusieron ambos mano á la espada y acuchilláranse, si no se pusieran por medio los hidalgos presentes. Narvaez dió orden de salir inmediatamente del campamento, á Velázquez de Leon, al P. Olmedo y á Juan del Rio; tomadas prontamente las cabalgaduras, los

(1) Bernal Díaz, cap. CXIX.

tres viajeros se dieron á caminar con velocidad, temiendo ser alcanzados por la caballería de los contrarios. (1)

Cortés se puso en marcha al amanecer del lunes veintiocho de Mayo, atravesó con los suyos la parte de la costa, y como hacía gran calor á horas del medio dia, se pusieron á sestear orilla del rio de Canoas, hoy de la Antigua. Uno de los corredores del campo, vino á dar aviso de ciertos hombres que á caballo venian; en efecto, presentáronse á poco los tres despedidos de Cempoalla, quienes fueron recibidos con grande alegría, siguiéndose sabrosas pláticas. Velázquez de Leon trata dos cartas, la una de Narvaez, la otra de Andrés de Duero; para darles lectura, Cortés hizo reunir el cabildo de la Villa Rica, representado allí por el alcalde Rodrigo Rangel, el alguacil mayor Gonzalo de Sandoval, los regidores Juan Rodríguez de Villafuerte y Cristóbal de Olid, con Alonso de Ávila, alcalde mayor y capitán de la guardia del general. Narvaez escribía las exigencias y amenazas de siempre; Duero indicaba al general se cuidase, pues sus soldados le llevaban á la carnicería. (2) Siguióse la plática, en que Velázquez relató punto por punto sus aventuras en Cempoalla; Fr. Bartolomé, "como era muy regocijado y sabialo muy bien representar," excitó la risa de sus oyentes contando cuanto había hecho para atraerse el afecto de Narvaez y de Salvatierra, hasta el grado de haber alcanzado, que delante de Velázquez se hiciese alarde de la gente, consiguiendo engañarles á su antojo. Cortés debió recibir en secreto noticias de mayor sustancia, pues á poco de terminada la conversacion, se dió orden de marcha; movióse el ejército y fué á acampar orillas de un rio cerca de Cempoalla; (3) es decir, el rio Chachalacas, cerca de una puente entónces ahí construida.

Los cempoalteca, por mandado de su cacique y de los blancos, espianaban los movimientos de los de Cortés; al verles dirigirse al rio, ellos corrieron á Cempoalla, dando aviso que los teules se acercaban: el cacique gordo dijo á Narvaez: "¿Qué haceis que estais muy descuidado? ¿Pensais que Malinche y los teules que trae consigo que son así como vosotros? Pues yo os digo que cuando no os catá-

(1) Bernal Daz, cap. CXX.

(2) Resid. de Cortés; Juan Tirado, tom. 2, pág. 9.

(3) Bernal Díaz, cap. CXX.

redes será aquí y os matará." Aunque burlando de las palabras del aviso, Narvaez se apercibió al combate, pregonando la guerra á fuego y sangre y á toda ropa franca. Movido el ejército fuera del pueblo, paró á cerca de un cuarto de legua de distancia, escogiendo campo por el cual fueron distribuidos y colocados peones, ballesteros y escopeteros, los tiros y la caballería. Llovía copiosamente, peones y jinetes firmes en sus puestos, sobre un suelo anegado y resbaladizo, vieron pasar las horas sin que se presentase el enemigo; entrada la noche y no habiendo noticia alguna, se ordenó la retirada, cuando capitanes y soldados estaban calados por el agua, transidos de frío y quebrantados por el cansancio. Vuelto Narvaez á Cempoalla, tomó sus disposiciones para pasar la noche; veinte de caballo en el patio de su aposento; escopeteros y ballesteros en la parte superior del teocalli, para su custodia y de las personas de Salvatierra, Gamarra y Juan Bono; los cañones quedaron asestados delante de los cuarteles. Risas y donaires siguieron á lo que llamaron falsa alarma; discurrían los bravosos que Cortés no se atrevería á llegar al pueblo con tan poca gente; dióse público pregon ofreciendo dos mil pesos á quien matase á Cortés y á Sandoval, y tomada esta precaucion, que pareció eficaz, general y ejército se entregaron confiadamente al descanso. La palabra secreta fué Santa María. (1)

Los partidarios de Cortés permanecían junto al río, calados también por el agua; mas eran todos veteranos acostumbrados á la fatiga y la intemperie. Al caer la tarde del lunes veintiocho, D. Hernando montó á caballo, llamó á la hueste, le impuso silencio, "y luego comenzó un parlamento por tan lindo estilo y plática, tan bien dichas ciertas otras palabras más sabrosas y llenas de ofertas, "que yo aquí no sabré escribir." (2) Recordóles sus servicios durante las tres expediciones de descubrimiento; las muchas batallas en que habían combatido, con los riesgos y peligros á que se habían expuesto; cuántos sacrificios y guerras habían gastado para sojuzgar la tierra; y ahora de improviso, un intruso, sin provisiones reales, sin derechos legítimos, se presenta á quitarles cuanto habían ganado, perdiendo muchos tal vez hasta la vida, según era el encono del

(1) Bernal Díaz, cap. CXXI.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXII.

caudillo. "Yo soy uno, continuó, é no puedo hacer por más que uno; partidos me han movido que á sola mi persona estaban bien; é porque á vosotros os estaban mal no los he aceptado: ya veis lo que dicen, y pues en cada uno de vos está esta cosa, segund lo que en sí sintiese de voluntad de pelear ó querer paz, aquello diga cada cual, é no se le estorbará que haga lo que quisiere. Veis, aquí me han dicho en secreto estos nuestros mensajeros, cómo en el real de los contrarios se platica y tiene por cierto que vosotros me llevais engañado á me poner en sus manos: por ende cada uno diga lo que le parece." Todos ó los más, le satisficieron á lo de llevarle engañado, é en lo demas le rogamos afectuosamente que él dijese su parecer; é muy importunado de todos para que primero lo dijese, dijo como enojado: "Digoos un refran, que se dice en Castilla, que es, muera el asno ó quien le aguija; y este es mi parecer, porque veo que hacer otra cosa, á todos é á mí será grande afrenta; é no porque hagamos lo que ellos quisieren, aseguramos todos las vidas, ántes algunas correrán riesgo; pero sobre mi parecer ved el vuestro, é cada cual tiene razon de decir su parecer." E luego todos unánimemente alzamos una voz de alegría, diciendo: "Viva tal capitan que tan buen parecer tiene;" é así lo tomamos en los hombros muchos de nosotros, fasta que nos rogó le dexásemos." (1)

Cerrada la noche, llegó al campo un soldado llamado el Galleguillo, "que se vino huyendo aquella noche del real de Narvaez, ó le envió el Andrés de Duero," (2) el cual informó de cuanto en Cempoalla había pasado y disposiciones adoptadas para la defensa de los cuarteles. D. Hernando distribuyó rondas y escuchas, dejando á la tropa se entregara al sueño. Ni una palabra había soltado acerca de sus planes; cosa ninguna reveló de sus inteligencias en la plaza enemiga: contentose con ganar el ánimo de la hueste, haciéndola sabedora de la necesidad en que estaba de combatir, fiando el resultado en sólo su valor, sin tener en cuenta los auxilios extraños que llegada la ocasion podrían faltarle. Siempre se mostró el caudillo reservado, precavido y astuto.

(1) Relacion de Andrés de Tapia, pág. 588.—89.—Resid. de Cortés; Juan de Mansilla, tom. 1. pág. 249. Juan Tirado, tom. 2, pág. 10, Andrés de Monjaraz, tom. 2, pág. 50. Gerónimo de Aguilar, tom. 2, pág. 186.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXI.

Muy adelantada la noche, Cortés hizo poner en pié á la gente sin tocar atambor, y dirigiéndose á la multitud la dijo: "Señores, ya sabéis que es muy ordinario en la gente de guerra, decir, "al alba dar en sus enemigos;" é si hemos sido sentidos, á esta hora nos esperan nuestros contrarios; é si no nos han sentido, pues no podemos dormir, mejor será gastar el tiempo peleando é holgar lo que nos quedase desde que háyamos vencido, que gastallo con la pasión que el frio nos dá." é así nos levantamos é nos hizo otra plática, diciendo que aún tiniemos tiempo de acordar si sería mejor pelear ó no; é respondiéndole que queríamos morir ó vencer, caminó." (1)

En aquel punto fueron tomadas las disposiciones para el asalto. El jóven capitán Pizarro, con sesenta soldados mancebos, se apoderarían de la artillería, y logrado, irían sobre el teocalli en que Narvaez se aposentaba. El alguacil mayor, Gonzalo de Sandoval, con ochenta peones escogidos debía apoderarse de Narvaez, á cuyo efecto había recibido un mandamiento escrito, concebido poco más ó ménos en estos términos: "Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor de esta Nueva España, por S. M., yo os mando que prendais el cuerpo de Pánfilo de Narvaez, é si se os defendiese, matadle, que así conviene al servicio de Dios y de S. M." (2) Juan Velázquez de Leon con sesenta hombres, combatiría el cuartel de Diego Velázquez, con quien aquel día había tenido la brega. Cortés, al frente del resto de la fuerza acudiría á donde fuera menester; así se preparaban cuatro ataques simultáneos, sostenidos por la reserva, debiendo concentrarse el mayor empuje sobre la posada de Narvaez. Se recomendó guardar el mayor silencio, la más estricta disciplina, y no separarse por ningún motivo de las filas: palabra para apellidarse: Espíritu Santo. Pregonóse en alta voz, que quien primero pusiera la mano en Narvaez, recibiría tres mil pesos de premio, dos mil el segundo y mil el tercero. Iban á ponerse en marcha los tercios, cuando corrió la voz de haber desaparecido el Galleguillo; todos se dieron á pensar que era espía del enemigo, sobresaltándose, porque de esta manera estaban descubiertos sus planes; pero bien

(1) Relacion de Andrés de Tapia, pág. 589.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXII. Relac. de Andrés de Tapia, pág. 589. Resid. de Cortés; Andrés de Monjaraz, tom. 2, pág. 50.

presto desapareció la alarma, pues le hallaron dormido debajo de unos arbustos. (1)

La hueste se puso en marcha á la sordina: llovía aún y la oscuridad era profunda. Los cuarenta jinetes encargados de defender el camino, al mando de Andrés de Duero y de Agustin Bermúdez, no fueron encontrados en su puesto. Sobre el vado del rio sorprendieron á dos escuchas: Alonso Hurtado huyó á su campo gritando: "al arma, al arma, que viene Cortés." Gonzalo Carrasco fué hecho prisionero, y si bien quiso amedrentar al general, diciéndole no pasase adelante porque el ejército de Narvaez estaba prevenido para resistirle; amenazado de ser ahorcado de una lanza tomada por dos jinetes, confesó la disposición en que estaba el campamento: Cortés entregó el preso á la guarda de su secretario, Pedro Hernández (2) "E su compañero que se huyó dió mandado en su real; é allá se creyeron que íbamos allí á nos poner para gastar lo que de la noche quedaba, para el alba dar en ellos; é así tornaron é mandar que reposase la gente, é al alba saliesen al campo; é con todo el capitán y ciertos gentiles hombres se armaron é estaban despiertos é hablando en nuestra ida é teniéndonos por locos." (3)

Poco ántes del pueblo, dejaron en una quebrada los caballos y el poco fardaje, al cuidado de Marina y del paje Juan de Ortega. Puestos de rodillas hicieron oracion, abrazáronse unos á otros pidiéndose perdon de los agravios que hubieren cometido, como quien se prepara á morir; "y Fr. Bartolomé de Olmedo, sin que nadie se levantase, les hizo decir la confesion general, pedir á Dios perdon, prometer la enmienda de la vida, hizo la forma de la absolución." (4)

Puestos en pié, devorando la distancia á paso redoblado, penetraron en Cempoalla al cuarto de la modorra, precedidos por el atambor sonando la carga. Los centinelas avanzados huyeron gritando: "Arma, arma;" los tercios se precipitaron á cumplir cada cual su consigna. Pizarro con los mancebos arremetió á la batería; para defender los tiros del agua ó por otra causa, los oídos estaban tapados con cera y pocos artilleros asistían en sus puestos; cuatro

(1) Bernal Díaz, cap. CXXII.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXII.—Resid. de Cortés; Juan Tirado, tom. 2, pág. 11.

(3) Relac. de Andrés de Tapia, pág. 589.

(4) Herrera, dec. 11, lib. X, cap. II y IV. Resid. Juan Tirado, tom. 2, pág. 11.

disparos hicieron pasando las pelotas por alto, y sólo una dió en los asaltantes matando tres hombres. La caballería que debía apoyar las piezas no fué de ningun provecho. "E el marques tuvo aviso de "cortar é hacer cortar los látigos de las cinchas de los caballos, que "como pensaban desde á poco salir del campo, todos tenían ensilla- "dos sus caballos y comiendo; é algunos que acudien á enfrenarlos, "como estaban los látigos cortados, en cabalgando luego caien, ó "desde á poco." (1)

Velázquez de Leon se dirigió contra el teocalli, defendido por el jóven Diego Velázquez y el punto confiado á Salvatierra; más aun- que este capitán se fingió enfermo; los lugares se defendieron briosamente al grito de "Viva el rey y Diego Velázquez." Cortés, que- dando á retaguardia apoyaba el empuje general y como los soldados de Narvaez acudían á la defensa pocos á pocos, les quitaba las ar- mas y tomaba prisioneros.

Delante de los aposentos de Narvaez estaban colocados algunos tiros pequeños; sobrecogidos los artilleros, cebaban sobre la cera con que estaba tapado el oído, sin lograr producir un disparo. Sin es- fuerzo alguno, Sandoval se apoderó de aquella artillería, trepando en seguida con sus ochenta veteranos las gradas del teocalli, defen- dido valientemente por Narvaez y los hidalgos que le acompañaban. Subían briosamente los asaltantes escalon por escalon, pero recibi- dos con denuedo, detuvieron el avance y aún perdieron algunas gra- das. Socorridos por Pizarro con parte de sus compañeros, recobra- ron lo perdido, empujaron á sus contrarios hasta el atrio superior, haciéndoles encerrar dentro de los aposentos. Tratóse rudo comba- te por forzar la entrada, penetraron algunos, y de improviso se oyó á Narvaez diciendo: "Santa María, váleme, que muerto me han, y quebrado un ojo." Al oír aquellas voces, los triunfantes vetera- nos prorumpieron gritando: "Victoria, victoria por los del nombre del "Espíritu Santo, que muerto es Narvaez." No obstante, los del aposento se defendían obstinadamente, hasta que Martín López pe- gó fuego á los techos que eran de paja; la llama y el humo desalo- jaron á los defensores, quienes salieron y se precipitaron sobre sus enemigos con intento de tomar la gradería para escapar; mas todos

(1) Relac. de Andrés de Tapia, pág. 590. Bernal Díaz, cap. CXXII. Resid. de Cortés; Alonso Perez, tom. 2, pág. 85.

quedaron prisioneros. Entónces fué preso Narvaez; quien primero le puso mano fué Pero Sánchez Farfan, "é yo (Bernal Díaz), se lo "dí al Sandoval y á otros capitanes del mismo Narvaez que con él "estaban todavía dando voces y apellidando: "Viva el rey, viva el "rey, y en su real nombre Cortés; vitoria, vitoria, que muerto es "Narvaez." (1)

Cuando tomaron preso á Narvaez, se le vió un ojo quebrado; cre- yéndose en gran peligro de perder la vida exclamó: "Hidalgos, por amor de Dios no me mateis; llevadme á donde está Cortés." A los gritos de triunfo llegó éste tan sin aliento, que no podía pronunciar las palabras, y al acercarse al prisionero le dijo: "Traidor, revolve- dor de huestes, más mal de ese habiades de haber é mereciades," y replicó Narvaez; "En vuestro poder me teneis, por amor de Dios, no consintais que estos hidalgos me maten." (2) Cortés recomendó á Sandoval tuviese á buen recaudo al desdichado capitán, é inmedia- tamente hizo dar un pregon á nombre del rey y en el suyo como capitán general y justicia mayor, previniendo que todos se le some- tiesen, viniendo á jurarle obediencia, pena de la vida.

Sin jefes ni dirección alguna, la mayor parte de los soldados se entregaron, si bien muchos se desbandaron saliéndose por los cam- pos; este partido tomó la caballería. Sólo peleaban porfiadamente los encastillados en dos teocalli; cargaron sobre ellos las fuerzas unidas de los vencedores, é intimándoles se rindiesen los del jóven Diego Velázquez, contestaron: "Viva el rey y Diego Velázquez." Se asestó contra ellos su propia artillería, disparándola primero por lo alto y despues con certera puntería; recibiendo daño, mirándose apretados y sin socorro, se rindieron, resultando herido el jóven Ve- lázquez, quedando enfermo del estómago el bravo Salvatierra. Entregados aquellos dos últimos baluartes, desarmada la gente, D. Hernando mandó dar segundo pregon, previniendo, que ninguno an- duviese con armas, y cada quien entregase las que tuviera, á los al- guaciles del campo; "y todo esto era de noche, que no amanecía, y aún llovía de rato en rato, y entónces salía la luna." (3) Era mártes veintinueve de Mayo.

(1) Bernal Díaz, cap. CXXII. Resid. de Cortés; Juan Tirado, tom. 2, pág. 12.

(2) Resid. de Cortés; Andrés de Monjaraz, tom. 2 pág. 51.

(3) Bernal Díaz, cap. CXXII. Relac. de Andrés de Tapia, pág. 590 y sig. Herre- ra, dec. 11. lib. X, cap. IV. Cartas de Relac. pág. 127.—30. Resid. de Cortés; An-

El ejército estaba vencido, mas la confusión reinaba en el campamento, é indispensable se hacía tomar algunas disposiciones. Todos los soldados fueron desarmados. (1) Usando Cortés de una de sus acostumbradas astucias, "mandó al capitán que tenía á cargo los presos, que si viese revuelta alguna, ó que los del campo venían, "matase todos los presos, é esto lo mandó decir en manera que el "general de los contrarios y los demás prisioneros lo oyeran, é el general les envió una seña á les mandar é rogar que viniesen á la "obediencia del marqués, por le dar la vida á él é á los presos; é así "vinieron é se dieron á prision, é así el marqués, haciéndoles quitar "á todos las armas, é tomando juramento dellos, y á otros la fé, se "aseguró de ellos." (2) Bajo estas condiciones volvieron sucesivamente cuantos se habían salido de la ciudad y dispersado por los campos: en cuanto á la caballería, mandada por Duero y por Bermúdez, cedió pronto á las promesas de Cristóbal de Olid y de Diego de Ordaz, entrándose á Cempoalla al ser de día.

Narvaez estaba preso en un aposento, sujeto con unos grillos, tendido sobre una cama; curábale su cirujano maestro Juan, mandado traer de las naos para asistir á los heridos. Cortés vino á visitarle para informarse de su estado y al reconocerle el herido capitán le dijo: "Señor capitán Cortés, tené en mucho esta victoria que de mí habeis tenido, y en tener presa á mi persona."—"Doy gracias á Dios respondió con énfasis D. Hernando, y á mis esforzados caballeros por la victoria; mas una de las menores cosas que he hecho en la nueva España es desbarataros y prenderos." (3) Al siguiente día de la prision entró en el aposento Alonso de Avila, y dirigiéndose á Narvaez le dijo: "Dadme unos papeles que traeis en el seno."—"No traigo papeles, respondió, sino las provisiones reales de S. M. por donde vine á tomar la gobernación de esta tierra, si quereis que os las lea, traed un escribano que dellas dé fee."—Avila se le acercó insistiendo: "Dad acá que no traeis mas de unos papeles," y metiéndole mano al seno, á pesar de que se defendía le arrancó las

tonio Serrano de Cardona, tom. 1, pág. 181. Rodrigo de Castañeda, tom. 1, pág. 122.

(1) Resid. de Cortés; Alonso Pérez, tom. 2, pág. 86.

(2) Relacion de Andres de Tapia, pág. 591.

(3) Bernal Díaz, cap. CXXII.

escrituras y se las metió entre la ropa por los pechos. Narvaez daba voces gritando: "Señores que me roban é toman las provisiones reales de S. M., serme heis todos testigos.—"Sedle todos testigos, dijo tranquilamente Avila saliendo del aposento, que no le tomo sino unos papeles." (1)

La espléndida victoria del veinte y nueve de Mayo había cambiado por completo la situación de D. Hernando. Sin esperanza de socorro, urgido en México por Motecuhzoma para salir del país, amenazado por Narvaez y puesta á precio su cabeza, seguido por un corto número de parciales, la noche anterior estaba á dos dedos de su pérdida, arriesgando posición social, fortuna y vida; ahora era jefe de numerosas fuerzas, dueño de una flota, con recursos sobrados para afianzar y extender su conquista. La gente novelera se pasó alborozada á su bandera, en señal de lo cual los atabaleros de Narvaez tañeron con tanta insistencia, que para ponerlos en silencio fué preciso echar preso al principal de ellos llamado Tapia. Aquellos músicos repetían: "Viva, viva la gala de los romanos, que siendo tan pocos han vencido á Narvaez y á sus soldados;" aunque un negro llamado Guidela, muy gracioso y truhan que traía Narvaez daba voces repitiendo: "Mirad que los romanos no han hecho tal hazaña." Muchos venían á besar las manos del victorioso general, y cuando la caballería entró, "estaba sentado en una silla de caederas, con una ropa larga de color como naranjada, con sus armas "debajo, acompañado de nosotros. Pues ver la gracia con que les "hablaba y abrazaba, y las palabras de tantos cumplimientos que "les hacía, era cosa de ver que alegre estaba, y tenía mucha razón "de verse en aquel punto tan señor y pujante; y así como le besaban la mano se fueron cada uno á su posada." (2)

Desbaratado el ejército, inmediatamente envió Cortés al capitán Francisco de Lugo, con dos españoles, para que fuese al puerto en donde estaban los diez y ocho navíos de Narvaez, con orden de que viniesen á verle los maestros y pilotos; obedecieron, llegando á Cempoalla á besar las manos del general, quien les tomó juramento

(1) Resid. de Cortés, Andrés de Monjaraz, tom. 2 pág. 52: Alonso Ortiz de Zuñiga, tom. 2, pág. 143: Gerónimo de Aguilar, tom. 2, pág. 187: García del Pilar, tom. 2, pág. 204: Juan de Mancilla, tom. 1, pág. 250: Francisco Verdugo, tom. 1, pág. 364: Juan Tirado tom. 2, pág. 13: Ruy González, tom. 1, pág. 344.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXII.

de obedecerle y ejecutar cuanto les mandase. Quedó nombrado almirante y capitán de la mar, un hidalgo llamado Pedro Caballero; las naos fueron trasladadas á la Villa Rica; les fueron sacadas velas, ahujas y timones, recibiendo orden los capitanes, maestros y pilotos, de que si otros navíos llegaban de Diego Velázquez, prendiesen á los capitanes y quitando de aquellos las velas, ahujas y timones, les dejaran así hasta que otra cosa se les mandase. (1)

Aquel mismo día 29 entraron en Cempoalla los guerreros de Chinantla al mando de Barrientos, armados con sus largas picas é interpolado un flechero entre cada dos de lanza; iban en ordenanza militar, y parecían muchos más de los que en realidad eran. (2) Fueron los únicos indios que como comparsas asistieron al drama, si bien hizo exhibirlos D. Hernando para dar á entender á sus enemigos el influjo que entre los naturales gozaba.

Aquella señalada victoria costó en realidad poco. Aunque no puede prestarse entero crédito á las relaciones en materia de números, las pérdidas de ambas partes fueron casi insignificantes. Del lado de los vencidos murieron el alférez Fuentes, Rojas y otros dos capitanes, con pocos soldados; algunos fueron los heridos, contándose entre ellos el jóven Diego Velázquez; de los tres tráfugas que de Cortés se fueron á Narvaez, Alonso Carretero murió, Escalona quedó bien herido y el chocarrero Cervántes bien apaleado. El cacique gordo de Cempoalla fué también herido dentro del aposento de Narvaez, en cuya compañía estaba á la hora del combate. (3)

Pánfilo de Narvaez dispuso su derrota con su carácter altanero, poca capacidad intelectual, desmedida y orgullosa confianza, é imperdonable descuido como general. Cuando en 1525 se vió en Toledo con el historiador Oviedo, desatábase en invectivas contra su vencedor. "Y en la manera de su prision la contaba muy al revés de lo que está dicho. Lo que yo noto desto es que con todo lo que oí á Narvaez, (como yo se lo dije), no puedo hallarle disculpa para su descuido, porque ninguna necesidad tenía de andar con Cortés en pláticas, sino estar en vela mejor de lo que hizo. É á esto decía él que le habían vendido aquellos de quien se fiaba, que Cortés le

(1) Bernal Díaz, cap. CXXII.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXIII.

(3) Bernal Díaz, cap. CXXII.

había sobornado." (1) Todo esto en realidad no funda una verdadera disculpa, porque debió prevenir los efectos de un soborno que no le fué desconocido, vigilando cuidadosamente á los emisarios de su enemigo: su torpeza y descuido son sus principales culpas. Cortés venció más por el oro que por el hierro. En la batalla, se mostró astuto, arrojado, discreto y entendido capitán. En verdad de verdad, Narvaez era de muy pequeña talla para contender con D. Hernando. De los tres principalmente interesados, Diego Velázquez quedó castigado segunda vez como la primera, por andar confiando sus intereses á manos extrañas, cuando el asunto pide la persona misma; Pánfilo de Narvaez llevó el merecido de los propios defectos; D. Hernando se tomó otra vez sin justicia lo que no le pertenecía, para labrar su fortuna individual; pero en justicia, ahora se le puede otorgar mayor disculpa que en la ocasión primera.

(1) Oviedo, Hist. general, lib. XXXIII. cap. XII.